

AGUA OCULTA QUE LLORA

Enrique Morón

Enrique Morón (Cádiar, Granada, 1942). Es licenciado en Filología Románica, Catedrático de Instituto de Lengua y Literatura Españolas y miembro de la Academia de Buenas Letras de Granada.

En su Poesía 1970-1988 (Granada, 1988) se recogen sus nueve primeros títulos: Paisajes del amor y el desvelo (Barcelona, 1970), Odas numerales (Barcelona, 1972, 2ª Ed. Granada, 2005), Templo (Granada, 1977), Bestiario (Barcelona, 1979), Cantos adversos (Barcelona, 1985), Crónica del viento (Sevilla, 1985), Soledad y Sereno manantial, ambos inéditos hasta entonces, seguidos de su Romancero alpujarreño (Granada, 1963, 2ª Ed. Granada, 1988), en palabras del propio autor, profundamente transformado. Con posterioridad a ese volumen de recopilación ha publicado Despojos (Granada, 1990), La brisa de Noviembre (Granada, 1995), Veredas (Almería, 1995), Otoñal Égloga (Granada, 1996), Cementerio de Narila (Órgiva, 1996), Senderos de Al-Andalus (Granada, 1999), Del tiempo frágil (Almería, 1999), Inhóspita ciudad (Granada, 2002), Florilegium (Salobreña, 2003) y Si canta el ruiseñor (Salobreña, 2004), Sonetos al silencio (Mirto Academia. Salobreña 2009).

También ha cultivado el teatro, pasión muy íntima en él. De su obra dramática en marcha, se han publicado: La mecedora (Órgiva, 1998), Trilogía del esparto (Motril, 1999), que recoge los títulos: Fin de año, La noche de los perros y Las flores del ocaso; Trilogía del asfalto (Salobreña, 2003), que recoge los títulos: Los viejos arrabales, Un drama romántico y El jardín de Afrodita. La senda de los eucaliptos y Las piedras del molino (Mirto Academia. Salobreña 2006) son sus dos últimos dramas.

Además ha publicado su libro de memorias El bronce de los días (Granada, 2003).

ÍNDICE DE POEMAS

LAS FUENTES DE GRANADA

LA ROSA
PASIÓN
SIERRA NEVADA
ALJIBE
CONSEJO
FUENTE DEL AVELLANO
PATIO DE LOS LEONES
RÍO GENIL
¡EH, EL AGUA!
EL AGUA CANTARINA
LAS FUENTES DE LA ALHAMBRA
AGUA OCULTA QUE LLORA
FANTASÍAS DEL DAURO
LLUVIA DE PÉTALOS
NATURALEZA MUERTA
INVIERNO
DESNUDO

NOTA DEL AUTOR

Cuando recibí el encargo de la Fundación Emasagra, para un ciclo de poesía denominado: “El Agua y la Palabra”, antes que buscar en mis libros textos que vinieran al caso, me sugirió mi hijo que creara las composiciones para tal evento. Me puse manos a la obra y durante los días 7, 8 y 9 de mayo de 2008 elaboré este poemario sin más pretensión que adaptarme al tema que se me había encomendado.

En estos versos dedicados a Granada, puesto que en su público pensaba, escogí el metro clásico y, a veces, una atmósfera de antaño, como recuerdo y homenaje a quienes me precedieron. Pido disculpas por mi atrevimiento.

Ofrezco este breve florilegio a Juan J. León, pues en él tengo un gran lector y un entrañable amigo.

Granada, 12 de mayo de 2008.

LAS FUENTES DE GRANADA

¡Las fuentes de Granada!

Granada es la ciudad donde las fuentes lloran
por todos los rincones, por todas las esquinas.
Tienen sus aguas un quejido que atesoran
las pequeñas placetas, las fachadas albinas.

Un sonido de arcilla se diluye en las horas
y el silencio se abre lo mismo que una rosa.
¡Cuántas tardes jazmines! ¡Cuántas dalias auroras!,
para esta soledad prudente y generosa.

No deseo los grandes monumentos de piedra
en donde los atlantes sostienen la codicia
de altas tazas de mármol. Pues siempre quien más medra
impregna de soberbia la luz de su avaricia.

Sólo quiero el rincón ameno y serenado
donde las aguas fluyen con sonora humildad.
Y estar conmigo mismo, guardando mi cuidado,
con silencio solemne la palabra verdad.

LA ROSA

Pasó un día y otro día.

José Zorrilla.

Sobre el banco de piedra los dos enamorados,
al arrullo del agua sellaron con un beso
un amor duradero con un candor ileso,
sin sagaces mentiras, sin instintos malvados.

Él se marchó muy lejos a lugares isleños,
ella quedóse presa del parque en los rumores.
Horas, días y años sin despertar sus sueños,
años, días y horas sin mitigar amores.

Cuando hubieron pasado más de cuarenta años,
una monjita anciana desmayaba una rosa
donde una bella joven sintióse generosa

con promesas que luego se tornaron engaños.

Ante el rumor del agua ya no viene la anciana
que dejaba en el parque su rosa roja inerte.
Sólo ha quedado el banco de piedra. Una mañana
de un convento cercano se oyen sonos de muerte.

PASIÓN

Pues yo no sé qué hacer con tanta pena
reflejada en el agua de tus ojos
desmayados, igual que una azucena
ante la soledad de mis despojos.

Eres como un torrente por la vena
que desemboca hacia mis labios rojos.
Y me duele tu cuerpo en esta escena
de caricias sublimes y de enojos.

Cuanto más te reprocho menos veo
este cuarto menguante de tu luna
que ofreces al bordón de mi deseo.

¡Y este negror redondo de aceituna!
¡Y esta pasión que torna el alba bruna
para mi libertad de oculto reo!

SIERRA NEVADA

Siempre subo a la sierra por la cara
que mira al mar, el mar de los veleros.

Tierras de la Alpujarra: junco y jara
por los barrancos y por los veneros.

Y procuro esquivar los esquiadores
que sólo saben venerar los hados
de sus cuentas corrientes. Husmeadores
del prójimo. Altivos y enjogados.

Pues prefiero una humilde tabernilla
de amable paz bien abastada, como
dijo el poeta. Con su parca silla.
Y una ventana azul donde me asomo.

Esta es mi sierra. La que está poblada
de un rosario de amigos. Unas fuentes
donde aliviar la sed. Y alguna espada
que besa el mar, serena de afluentes.

ALJIBE

Hay en el Albaicín rojos estrados
donde dormía secuestrada el agua
para aliviar los labios, flor de cobre,
con su presencia clara.

Son los viejos aljibes donde ayer
sollozaba la lluvia consternada
por ausencia del mar, donde los ríos
finalmente se ensanchan.

Hoy sucumben, bermejós sus tejados,
por altos jaramagos, desolada
bóveda donde el sol no se atrevía
a codiciar su plata.

¡Cuánta sed aliviaron! ¡Cuántas frentes

calmaron el cansancio en sus entrañas!
¡Viejos aljibes! Solitarios hoy
de frágiles muchachas.

CONSEJO

No te mires la cara en el pilar
donde beben las bestias, porque un día
tú de tanto mirarte y yo observar
te pudieses quedar sin tu alegría
junto a mi soledad crepuscular.

Sé prudente y no intentes imitar
a Narciso con su coquetería,
pues ya conoces, tierra de olivar,
lo que le sucedió. Y el agua fría
sepultó su belleza a su pesar.

No te mires la cara en el pilar
puesto que es peligrosa la osadía,
que puedes sucumbir donde abreviar
las bestias suelen y tu gallardía
en labios de un equino naufragar.

FUENTE DEL AVELLANO

Mi Granada no es la de hoy...

Ángel Ganivet.

Subiendo por la vera del Dauro hacia la altura,
donde por el otoño se abren los granados,
hay una humilde fuente que alivia con frescura
la sed del caminante y el sol de sus costados.

Es frondosa y risueña. Erguida en su altiplano
codicia el Albaicín y envidia al Sacromonte:
por su blancor el uno y otro por su horizonte
de torres y cipreses ¡Fuente del Avellano!

Aquí en sus soliloquios, caminando subía
el joven Ganivet hacia su fortaleza.
Con sus buenos amigos fundó una cofradía.
Y plasmó con su pluma Granada y su belleza.

PATIO DE LOS LEONES

Sólo la fuente se oía.

Antonio Machado.

Bajo una taza dodecagonal,
humillados y altivos los leones
exhalan plata líquida o canciones
por sus redondas fauces de animal.
Es el agua la envidia del cristal,
donde el ciprés se asoma cauteloso
a las breves acequias y celoso
dice con su perfil alto y severo:
“que yo no puedo ser más ventolero
y tú, torso de piedra, más hermoso”.

RÍO GENIL

Recuerdo cuando joven, tiempos de adolescencia,
y también de posguerra. Dichoso y cruel verano.
Montado en el tranvía que conduce a la Sierra,
para, río Genil, disfrutar de unos baños.

La gente se subía con cierta intransigencia

hasta oprimir los bancos de madera, con jarros
repletos de sangría, viandas..., la merienda
que en años de escasez fuese un manjar profano.

Y llegados al fondo de una poza opulenta,
que en tiempos de sequía era una mar sin barcos,
ungíamos los cuerpos cual caricia u ofrenda
al agua que bajaba de los neveros altos.

Bañadores de antaño. Ocultas sugerencias
y miradas lascivas hacia los muslos plácidos.
Cuando la osada tarde limaba sus estrellas,
nos dábamos la vuelta sobre los duros bancos.

¡EH, EL AGUA!

Aquel hombre bajaba la Gran Vía.
Encallecidas manos, agrietadas
por el duro trabajo. La vejez
dejó en su frente surcos y montañas.

Hoy se busca la vida honestamente:
un botijo de nieve destilada
ofrece a los viandantes que sufrían
de sed. Una moneda. El sol abrasa.

Aquel hombre bajaba. Derrotado,
vencido por los años, por el asma,
pregonando su escueta mercancía:
¡Ay qué fresca la traigo! ¡Eh, el agua!

Era Granada entonces una pena
que Conchita Piquer garganteaba.
Una pena vestida de domingo,
con la sangre en el fondo de sus casas.

EL AGUA CANTARINA

El agua cantarina por las acequias fluye
como un vuelo de pájaros, como un leve torrente.
La primavera amable y el amor imprudente,
plasmado en las acequias, entre corales huye.

Los árboles suspiran de verdor y de brisa.
La tarde se eterniza de luz arrebolera.
Y la primera estrella se acerca a la quimera
del verde que a la plata le da vigor y prisa.

El agua cantarina. La noche que dibuja
sin color a las torres arrogantes, bermejas.
Y este rumor profundo de dalias y de abejas
que en mis sienes retumba y a mis ojos embruja.

LAS FUENTES DE LA ALHAMBRA

Las fuentes de la Alhambra suenan a lejanía.
Un susurro que lleva un llanto en sus entrañas.
Las fuentes de la Alhambra, rumor de las Españas
que antaño edenes fueron de miel y de ambrosía.

Hoy paso silencioso. Recorro la arboleda
con mi quietud solemne y mi triste mirada.
Pues nada espero de este mundo nefasto, nada.
Sólo un vago consuelo de belleza me queda.

Perdido entre los bosques donde amáronse antaño
insolentes mancebos con celestes princesas:
unos con brazos fuertes, otras labios o fresas,
rindiéndose a las cuitas del placer o del daño.

Las fuentes de la Alhambra, donde mojé mis labios
cuando ofreciera culto a tanta adolescencia.
Han pasado los años. Sólo pido clemencia
para mis soliloquios y para mis agravios.

AGUA OCULTA QUE LLORA

...Granada,
agua oculta que llora.
Manuel Machado.

Granada es la ciudad donde las aguas yacen
como un rumor cubierto de oscuros alhamares,
con rúbricas o venas bajo los olivares
en rebaño de espumas que en los veneros pacen.

Son lamentos albinos que bajan de la Sierra,
como un glaciar disuelto en encajes sonoros;
y trigos engalanan de capiteles y oros
o nacen esmeraldas jugosas en la tierra

que juegan con los peces a la orilla del río,
plata inquieta que salta buscando los insectos,
unas veces flexibles, otras veces erectos,
pero siempre solemnes bajo el cristal del frío.

Granada es la ciudad donde el silencio mora
y al mismo tiempo sueña jazmines en la gleba.
Un manantial sonoro. Una esperanza nueva.
Una oscura pasión: *agua oculta que llora.*

FANTASÍAS DEL DAURO

Bajo el agua del Dauro se desmaya una estrella
como recién caída de la imponente esfera.
Ella quiere quedarse, tras dejar su quimera,
encerrada en la torre, altiva cuanto bella.

En los azules ojos que la miran se exhibe
con la quietud solemne de la melancolía.
Unos ojos que llevan plasmados en la umbría
de su mirada triste su amor y su declive.

Delicada la brisa estremece las hojas
que sus pétalos frisan en las aguas del río.
Hay labios que se besan con suavidad y brío
y penas que lamentan insólitas congojas.

Bajo el agua del Dauro se desmaya una estrella.
¡Dejadla en el silencio de un sueño de rubíes!
Sobre el agua del Dauro sueñan los alhelíes
en poder desposarse con tan casta doncella.

LLUVIA DE PÉTALOS

Una lluvia de pétalos de rosa
resbala por las crenchas de tu pelo,
como si fuesen pájaros en celo,
o labios al azar. Pues generosa

está la brisa que en la tarde ociosa
ha confundido lágrimas del cielo
por conchas de carmín en un revuelo
de perfume profundo y luz dichosa.

Así caminas, ay, por las aceras
profundamente pulcra y aseada
por tan maravillosos elementos.

Pues hiciste del agua lisonjeras
caricias en tu cuerpo. Vulnerada
por las azules brisas y los vientos.

NATURALEZA MUERTA

Tu paraguas a cuadros se parece
a una naturaleza de Picasso,
o un cuadro de Juan Gris, o se me ofrece
un Braque o un Miró, pongo por caso.

Demasiado atrevida con el trece
expuesto a las espaldas y un retazo
de hojas de periódico se mece
como papel cuché por tu ribazo.

Expresiva, otoñal para tus días
en donde aún las aguas no han crecido
sino las que resbalan por tus ojos.

No exageres, amor, tus fantasías
y espera el porvenir que no ha venido
más que a los surcos de tus labios rojos.

INVIERNO

Cuando cae la lluvia en los árboles densos
y en ellos refugiamos nuestros cuerpos errantes,
sentimos cómo tiemblan ebrios torsos amantes
en los primeros fríos, profundamente intensos.

Es el invierno que anuncia sus inmensos
monólogos de piedra. Sus hielos o diamantes.
Sus noches ateridas y sus aguas constantes
gimiendo en los cristales con sus brazos extensos.

Acércate, mi amor, no dejes que los fríos
nos devoren los labios, nos quiebren las mejillas,

o nos sepulten luego en sus profundos ríos.

Entremos en la casa y enciende las astillas,
y ofrece de tu cuerpo las profundas arcillas
en donde se confundan tus brazos con los míos.

DESNUDO

Y que yo me la llevé al río.

Federico García Lorca.

Ayer te desnudé a la altura del río
y fui desabrochando tu cinturón moreno.
Hasta quedar tu efigie como un mármol heleno,
te desgarré el encaje florido de rocío.

En tus labios había rojo calor umbrío
y en tus pechos de nácar un equilibrio obsceno.
De tus muslos azules he probado el veneno,
y de tus ojos negros gozoso desvarío.

Besaba el agua clara tus altas pantorrillas.
Te pusiste el vestido con un pudor extraño,
mientras yo me cubría de falsos ideales.

Y cuando nos marchamos te besé en las mejillas,
tú con voz apacible y yo con gesto huraño,
nos fuimos alejando por los cañaverales.